**HALCÓN A**

**TORRE NEGRA$**

**Sonsoles maroto pérez**

**A mis padres, que supieron que había un libro en mí, antes de que yo pudiera imaginarlo.**

***Agradezco de corazón a mi maestra, Jimena Tierra, sus enseñanzas. Sin ella esta novela no sería policíaca y, tal vez, ni siquiera sería.***

***También a quien me guio en mis primeros pasos por la escritura creativa, Maena García Estrada. Muchas gracias.***

***Y por supuesto, a las grandes escritoras y escritores con los que he crecido: Jane Austen, hermanas Bronntë, Charles Dickens, Elisabeth Gaskell, Juan Ramón Jiménez, Gabriel García Márquez, Daniel Defoe… y tantos otros más, que no cabrían en estas páginas. A ellos todos mi reconocimiento.***

***Si Satanás pudiera amar,***

***dejaría de ser malvado.***

**Madre Teresa de Ávila**

**PRÓLOGO**

**TRES MESES ATRÁS**

Un lince ibérico, de seis meses, ha llegado a la mansión del millonario ruso Yuri Pavlov, tras recorrer miles de kilómetros, los que separan Huelva de París. El pequeño atrapará pronto el corazón de su «dueño»*,* que ha pagado por él una enorme cantidad de euros, en el mercado ilegal de especies.

La pregunta salta a la vista: ¿Cómo puede robarse un lince de un parque nacional? El Coto de Doñana cuenta con la máxima salvaguarda y cuidadores especializados. Hace años que también forma parte de la RED NATURA 2000 de la Unión Europea, lo que le confiere el mayor rango legal de protección. La investigación policial comenzará, pues, con los propios trabajadores del Coto.

Yuri Pavlov siempre ha sentido admiración por el mundo animal. Ya de niño odiaba a aquellos cazadores que traían enormes venados u otros animales arrastrando sangre por el bosque. Desde el primer momento, «ese gatito menudo», de orejas puntiagudas y ojos muy brillantes, va a cautivar su corazón. Es un nuevo rico, y ha estado invirtiendo en obras de arte y joyas con el consejo de su pareja, aunque no entiende mucho de ese mundo. En cambio, la naturaleza y los animales le fascinan.

Navegando por la red conoció una especie de «gato con manchas de leopardo», como le gusta referirse al lince ibérico, que le atrajo por su belleza y exclusividad. No se preocupó mucho cuando supo que en la Unión Europea es ilegal la tenencia de ciertas especies en propiedades privadas. Pensaba cuidar muy bien de su nueva adquisición. Tampoco se informó de las características del ecosistema en el que el lince es la cúspide y el signo visible de salud de todo su hábitat. Tal vez si hubiera sabido que ha sido necesaria su reproducción en cautividad para que vuelva a poblar la Tierra, su actuación hubiera sido diferente.

El felino, arrancado de su madre y hermano, se quedaba en una esquina de la casa y maullaba desconsoladamente, a menos que estuviera dormido. Pavlov no había esperado una reacción así. Se había criado en una pequeña casita en el campo y estaba acostumbrado a tratar a los animales desde niño. Escondido tras los arbustos, atrevido, observaba a las camadas de lobeznos… La loba le recordaba a su madre: corría de un lado a otro a proveer a su prole, exponiendo su vida cuando a lo lejos se oían los cazadores, para cambiar de sitio a sus cachorros… Oír al «gatito atigrado*»,* como también se refería al lince, maullar reclamando a su madre, devolvió, como en un ensalmo, a Yuri a su niñez. A los tres días, decidió subirlo al dormitorio por las noches para calmarlo. Le puso una mullida cesta a su lado de la cama. «Debo darle un nombre», pensó. Después de hacer rodar sus neuronas adormiladas entre diversos nombres rusos miró de nuevo al cachorro y exclamó: «¡Ideafix!, el perrillo de Obélix se llama Ideafix»; y decidió ponerle ese nombre al pequeño lince, ya que pensó que era igual de menudo, intrépido de carácter y testarudo.

Cuando Ideafix llegó a la mansión Pavlov, tras su largo viaje por carreteras secundarias, con las mínimas paradas y bien escondido entre mercancías, tenía bastante mal aspecto. Había perdido un tercio de su peso, estaba deshidratado y aturdido y se negaba a comer. Yuri lo miró con aprehensión, pensando que no sobreviviría a la noche. Pero el cachorro despertó con hambre y comió en abundancia. Era un luchador y morirse de forma prematura no estaba en sus instintos. Otros especímenes más débiles en la misma situación sí lo hicieron, dejando a sus compradores un triste castigo por su acción: pagar por un animal que llegaría a ellos tras un calvario de recorrido y moriría poco después.

Ideafix despertó, miró a su alrededor y no vio las mariposas ni las abejas que solían revolotear en su pradera, ni las flores o el trigo silvestre en el que se posaban y que reflejaban los rayos del sol sureño al amanecer. Tampoco pudo oler el salitre del mar, ni oír el susurro lejano de sus olas. Al abrir sus ojos, no sintió la cálida barriga de mamá, ni las patas de su hermano o sus dientes juguetones. Estaba solo, sobre un extraño suelo blandengue. Todo lo que olía le era desconocido. Y los ruidos eran amenazadores y estridentes. Sentía un mordisco en su interior, muy extraño. Se le pasó bebiendo un líquido que le dieron. Regresó a esconderse al rincón donde había dormido, intentando pasar desapercibido; pero los humanos estaban encima de él y le manoseaban. Se sentía muy mal. Maulló muy alto para que mamá viniese a rescatarle. Pero mamá no vino. Esperó muchos días por ella. Lloró alto para que pudiera encontrarle. Madre no podía oírle. Descubrió un hueco debajo de la escalera, donde le gustaba estar porque podía pasar desapercibido… aunque por poco tiempo; casi siempre venía alguien y volvían a apresarlo. No sabía dónde se encontraba él… ni su madre y hermano.

Yuri empezó a sentirse culpable. El cachorro de lince le recordaba demasiado a él mismo, tratando de sobrevivir en su infancia. Intentó ganarse su confianza usando pequeños trucos, que le habían funcionado con los gatos domésticos que compartían la finca. Con Ideafix todo era en vano. Sólo en el momento en que subía al dormitorio y el «gatito*»* le seguía instintivamente -por calmar su soledad-, sólo entonces… Yuri sentía una punzada en el corazón, al tiempo que su conciencia le daba una tregua.

Al cabo de tres meses la vida de Ideafix tomaría un nuevo giro. Vinieron unos hombres uniformados y le sacaron de allí, llevándole a otro lugar, también desconocido, pero más bonito y con otros felinos con los que pudo jugar. Era el área de recuperación de especies francesa. No encontró a su madre ni hermano. Estuvo pocos días en ese sitio y de nuevo le llevaron de viaje. Esta vez fue dormido y en avión. Tantos avatares por cielo y tierra le dejaron algo aturdido… Despertó lentamente, en una jaula pequeña… Sin embargo, mientras terminó de espabilar, su trasportín se abrió. ¡Frente a él estaban de nuevo las flores, las mariposas y abejas de su tierra…! y... ¡¡su madre y hermano!! El calor del sol en su pelaje le devolvió la energía y saltó entre los matorrales. ¡Estaba de nuevo en Doñana!

*\*\*\*\*\*\* \*\*\*\*\* \*\*\*\*\**

Al mismo tiempo que esto ocurría entre Huelva y París, otros hechos dramáticos le sucedían a una muchacha en una pequeña ciudad de Rumanía. La joven, de dieciocho años, había contactado con un hombre mayor que ella en una página de citas por internet, Carings. El hombre, según le contó, tenía treinta y dos años y vivía en España. Dijo ser abogado y comenzaron a chatear. Pronto comenzaron a llamarse por teléfono de modo habitual. En esas llamadas él le contaba su deseo de encontrar una mujer que conservara los valores tradicionales para casarse, y se entretenía en poner a las españolas como féminas enardecidas por sus recientes conquistas en el terreno laboral, y lo poco que a él le atraían esas «marimachos». Pese a la insistencia de Arianna sobre su creencia en la igualdad de sexos, parecía que, viniendo de su boca, a él ya no le parecía tan mal. Además, Pablo insistía en susurrarle desde el otro lado de la línea los detalles que hacían de ella la mujer perfecta para él.

Después de tres meses de contacto, la joven Arianna se había enamorado y quería viajar para conocerle. Tal vez incluso buscar trabajo en tierra española y hacer una vida nueva. El hombre la invitó a visitarle y quedarse en su casa, aunque Arianna prefirió que le reservase un hotel. Pablo le envió la reserva en un hotel de cuatro estrellas y un billete de avión. Solo de ida. Cuando la joven llegó a Madrid él no estaba esperándola en el aeropuerto. La llamó y le dijo:

—Hola Ari, ¿qué tal tu vuelo? No he podido ir personalmente a buscarte, tengo trabajo extra. Pero no te preocupes, he enviado a mi amigo para que te lleve al hotel. Mañana iré pronto a desayunar contigo, cariño.

—Vale, amor. No pasa nada.

Cuando llegaron a su destino, el hotel resultó ser un apartamento, donde el conductor la dejó y la encerró con llave. Arianna llamó a Pablo, asustada, pero él le dijo que no se preocupara, que era tarde, las once de la noche y que por la mañana pasaría a buscarla. Que si le habían cerrado por fuera era por su seguridad. Le habló melosamente, le dijo frases románticas y la convenció. Ella se tranquilizó, pensó que la ciudad parecía muy bonita. Había tenido una dura discusión con su madre justo antes de coger el avión, por lo que llegó agotada y apenas se fijó en el piso. Se acostó pensando en el hombre que conocería al día siguiente y se durmió enseguida.

Había luchado mucho para llegar a este momento, tanto como veces se había imaginado en los brazos de Pablo. Oír su voz y, más aún, su confirmación de que desayunarían juntos, hizo que volviera a soñar con él. Sus ensoñaciones, dormida o despierta, siempre narraban historias románticas, felices, llenas de aventura, como su carácter. Nunca se detuvo a analizar las bases reales para tales planes. Al despertar, una sonrisa iluminaba su rostro y sus anhelos aceleraban su pulso. Se dirigía a la cocina, a preparar el desayuno, cuando el sonido de las llaves en la puerta hizo que se apresurara hacia la entrada. Su sonrisa se heló convirtiéndose en la mueca de un payaso triste cuando en el lugar de Pablo vio a dos hombres fornidos:

—¡¿Quiénes sois?! ¡¿Qué hacéis aquí?!

—Nada de preguntas. Ya te irán dando instrucciones sobre lo que tienes que hacer.

Arianna, presa del pánico, comenzó a gritar. Apenas pudo reaccionar cuando uno de ellos le colocó un pañuelo con anestésico en la boca, y tras dormirla, la maniataron, la esposaron al somier y le pusieron cinta adhesiva sobre los labios. En un rincón de su conciencia escuchó una voz lejana:

—Ahora a portarse bien, zorra. Te estamos vigilando.

Pasó todo ese día sedada. Se despertó de madrugada. Miró su reloj: marcaba las 5:00. Comenzó a temblar, al darse cuenta de que estaba esposada a la cama, sus manos atadas con soga gruesa y su boca tapada con cinta aislante. Le escocían las muñecas, le picaba la boca. Tenía sed y hambre. Su teléfono móvil no estaba visible. Ni sus pertenencias: bolso y maleta habían desaparecido. Miró a su alrededor: las paredes estaban acolchadas con una especie de espuma amarillenta. «Estoy viendo una película terror en mis sueños» pensó inmediatamente. Pero la realidad se impuso a través de su nariz respingona, cuando recibió un olor penetrante a algún producto químico, posiblemente de limpieza. Algo que, en cualquier caso, no había conseguido dar aire de limpieza a los pocos enseres que amueblaban la habitación. Comenzó a pensar seriamente que Pablo no existía o que estaba compinchado con esos matones que la habían arrastrado hasta aquí. Pero… ¿esa doble cara? En el fondo de su corazón aún quería creer que algo extraordinario estaba ocurriendo y que Pablo, como Spiderman, llegaría para rescatarla.

Al cabo de un rato sus pensamientos se detuvieron y comenzó a llorar. Se asfixiaba con sus propios sollozos pues estos eran ahogados en la cinta aislante. Recordó los consejos de su madre:

—Respira hondo, hija mía, cuando algo te dé miedo, verás cómo los fantasmas desaparecen. Así lo hizo. Pero todo siguió igual, con el mismo tinte oscuro y esa pátina pegajosa que resulta de un fregado mal hecho. Un candado enorme cerrando la ventana fue lo último que observó antes de que el ambiente cargado por la falta de ventilación le provocara náuseas. Intentó pensar en algo bonito de su hogar, porque si vomitaba tendría que tragárselo de nuevo… ¡Deseó tanto haber escuchado a sus padres!

—No vayas tan lejos sola, hija, ¡con un hombre que no conoces!

—Lo conozco muy bien, llevamos dos meses hablando sin parar, incluso hablamos mucho por teléfono. Es una buena persona.

**—**Pues dile que venga él aquí a conocerte. Tu padre y yo hemos hablado del tema. Incluso puedes decirle que se quede en casa, aunque no nos apetezca demasiado. Todo con tal de que no hagas un viaje que es una locura, Arianna —le rogó su madre.

—Pero mami, NO. Él es mayor que yo, ¿cómo se va a quedar aquí, sin conoceros?

La joven se aferró a su plan de viajar a España, aunque incluso sus amigas le dijeron que era muy arriesgado. Y eso que nadie contó con una mafia de trata de mujeres por medio. Arianna había topado con un hombre muy peligroso. Hay varios infiltrados en las redes de contactos o de citas. En el anonimato de perfiles falsos, casi imposibles de detectar por las páginas web, se esconden varios tipos de depredadores. Desde los que sólo se interesan en consumo de sexo, los adictos usuales, hasta los más peligrosos: las mafias. Pasando por psicópatas capaces de hacer pasar muy mal rato a cualquier mujer. Aunque, por supuesto, la mayoría siguen siendo hombres y mujeres normales. Porque también hay mujeres mafiosas y psicópatas en esas redes. La maldad no distingue sexos.

Después de pasar seis o siete horas en estado de total agitación y no poder soltarse ni para ir al baño, oyó el cerrojo de la puerta de entrada. Y la voz conocida de Pablo. «¡Ah, existe, el cabrón!», pensó. Él entró calmosamente, con una expresión que Arianna no había visto en nadie antes, una mirada fría, una sonrisa de Joker, y dijo:

—Cariño, cuánto siento que estos brutos no hayan sido más delicados contigo. —En una entonación unísona, sin denotar la más mínima sorpresa al ver a su «amiga» atada y con bozal.

—Mmmmm. —Era todo lo que podía mascullar ella, enrojecida.

—Sí, sí, Ari. Voy a soltarte. Para que te pongas cómoda y puedas asearte y comer algo. No te preocupes, sabes que yo te quiero mucho, pequeña. —Y dio un tirón a la banda adhesiva, cortó la cuerda de las muñecas y soltó las esposas.

Arianna cayó desplomada al suelo, pataleando y chillando.

—¡Tschisss!, no armes escándalo, nadie te oirá. Además, sabes que yo nunca te haría esto. Son esos necios. Yo les castigaré por haberte atado, te lo juro. Si tú te portas bien conmigo, yo siempre te voy a cuidar, mi pequeña Ari.

—¿Es eso cierto? ¿Cómo puedo saber que no mientes? ¡¡Seguro que estás de acuerdo con ellos!! ¿Cómo habrían sabido de mí, de lo contrario? ¡¡Mentiroso, no creo ya nada de ti!!

—Ari, Ari… verás, te estás equivocando… Muestra un poco de respeto y verás que bien cuido de ti.

Ella se calló súbitamente. Sus ojos echaban chispas y estaban llenos de lágrimas. Su boca magullada, como sus muñecas.

—Agua, por favor.

—Aquí tienes. —Alargándole un vaso medio sucio—. Eres una de mis chicas favoritas, ya lo sabes. Y por eso has venido a verme ¿verdad? —Su voz sonaba a soborno engolado y noches de droga.

—Yo no sé nada —le dijo ella con sumo desprecio, con tanto asco como se bebió el agua de aquel sucio vaso.

Aunque no tenía calendario, ni televisión, ni teléfono, Arianna calculó que estuvo unos diez días enjaulada en aquel piso, viendo unos días al hombre que se hacía llamar Pablo, y otros a los dos grandes guardaespaldas que la habían esposado a la cama su primera noche. La alimentaban copiosamente, como si quisieran que ganara algo de peso, y un día le dejaron un libro viejo, en su idioma: Ana Karenina. «Qué listos, estos, quieren que me sienta una heroína» pensó Arianna, cínica y resentida. Había caído en un pozo sin fondo, sin aire, sin fe. Volvió a llorar. Pensó que se escuchaba a ella misma, llorando como un recién nacido. Había días que no comía nada.

Al fin vino Pablo y le dijo que la iban a trasladar a otro sitio, con más chicas de su edad. Y le explicó lo que se esperaba de ella.

—Mira, Ari. Lo que has de hacer es muy fácil. Nosotros tenemos contactos con hombres de negocios de Europa del Este, muy importantes. Y cuando vienen a España necesitan divertirse, ¿entiendes?

—No, no sé de lo que me hablas. Yo no conozco a esos hombres… —se apresuró a decir la desvalida joven.

—Ni falta que te hace. Ya los conocerás en nuestro club de lujo. Tú vas a vivir en él como una princesa. Como te prometí. Pero claro, tendrás que trabajar, para ganarte la vida y, si un día quieres, poder volver a tu casa —continuó el tal Pablo.

A partir de aquel día comenzaron a darle el café por las mañanas los hombres grandes. Ella supo que eran rusos porque identificó el idioma en el que hablaban entre sí. El café sabía diferente y le producía alucinaciones y un estado de embriaguez durante casi todo el día.

—¿Qué me estáis dando, me envenenáis? —preguntó un día.

—Nada que no te venga bien. Lo que nos ha dicho Pablo, dentro de poco te gustará mucho.

—¡Quiero saber qué es!

—Pregúntale a tu Pablo.

Arianna era una joven valiente, y muy rebelde. Después delo que había sufrido ya, su mente divagaba, ya no tenía miedo. Se sentía perdida en una nebulosa repugnante. Cuando vino a verla Pablo le preguntó sobre el nuevo sabor del café. Este, sin que le temblara la voz se lo dijo:

—Cocaína, algo que te va a gustar mucho. Y te vendrá genial en tu nuevo trabajo, puta.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó Ari con amargura.

—No debes renegar de tu destino, los hombres tienen que verte sonreír. Solamente tienes que hacer lo natural en una chica como tú: follar y hacer todo lo que ellos te pidan.

Ella calló. No tenía nada que añadir y le daba repugnancia mirar a ese hombre. Decidió evitarse el suplicio de verle la cara. Rabioso por su actitud, él se levantó y le arrancó de las manos el libro que le habían dejado, al tiempo que le estampaba su mano en la cara.

—Tendrás que merecértelo. Hasta mañana.

Salió a zancadas y cerró con un portazo. Arianna ya no lloraba, le zumbaba un oído por el tortazo descomunal. Se sumergió en un letargo sin horas, sin sentido ni dirección.

**CAPÍTULO**

Como cada mañana, Blanca se dirige a la parada del autobús, aquella donde tantas horas lleva invertidas esperando a su transporte urbano y vagando por sus pensamientos aún adormecidos. A veces patea la acera arriba y abajo en un intento de alterar el ritmo del tiempo. Estos ratos perdidos, sin embargo, van a cambiar de tono radicalmente hoy: justo cuando un joven desconocido, de aire desaliñado e inteligente, doble la esquina de la calle y se sitúe en la misma parada. En ese instante, los ojillos semicerrados de Blanca parpadearán con fuerza y se abrirán de par en par, haciendo un zoom de aproximación sobre el joven moreno. «¡¡Qué chico más intrigante, tan desgarbado y al tiempo…esa mirada!!» le asalta el pensamiento.

Una vez en el bus, de reojo, Blanca continúa observando a aquel joven misterioso. Se pregunta a sí misma dónde irá y se va respondiendo en base a su indumentaria y apariencia. Descarta que sea ejecutivo o profesor y tras darle vueltas recuerda a un personaje de uno de sus libros favoritos, con el que establece cierta conexión emocional en ese momento… «¡¡Funcionario!! Será un funcionario... de esos de Kafka en *El Proceso*, aunque sin duda con un trabajo más satisfactorio», se le ocurre. A medida que va compartiendo más días de viaje con él, su mente inquisitiva se complica con nuevas curiosidades. «Esa mirada inteligente, de discernimiento, más propia de un sabio, no encaja en absoluto con su u apariencia». Hasta que su B pensamiento deriva, sin apenas darse cuenta, a cuestiones más mundanas: «¿Dónde y con quién vivirá? Desde luego, esas corbatas nunca van a juego con sus trajes…», viaja sonriéndose con estas ideas. «¿Habrá polluelos en su nido?» De esta forma, pronto se siente convertida en el mismísimo Dr. Félix Rodríguez de la Fuente estudiando al joven como si se tratara de un ejemplar de halcón peregrino en un documental de *El Hombre y la Tierra*. Tal ocurrencia la hace explotar en risas, lo que despierta a más de un pasajero. A veces, con estas meditaciones y ojeadas a su espécimen se le pasa la parada y llega tarde a su trabajo, algo que no puede permitirse. A sus veintitrés años, Blanca acaba de ser contratada por un periódico, en el área de información nacional. Dada la situación económica actual, ha conquistado la cima visible del horizonte para un recién licenciado. Ella es consciente de eso, aunque no lo valora lo suficiente.

De este modo transcurrirán varios días. Ella le observa y se va organizando ideas sobre su vida que luego desmontará a su antojo, como si fueran puzles. Absorta como anda en la existencia ajena, al llegar a su trabajo, cada día le cuesta más concentrarse en él. Además, sin ninguna razón consistente, ha descartado la presencia de mujeres en su vida actual. «Seguro que vive solo, como yo», concluye una tarde. «Sus zapatos siempre relucientes, pero sus camisas mal planchadas. Un hombre digno siempre sabe abrillantar sus zapatos, pero nunca deja la camisa niquelada como una mujer» sentenció, y esta idea se quedó guardada en su inconsciente.

Una mañana su mirada se cruza con la de él y no la esquiva. Él tampoco: sus pupilas se clavan una en la otra un largo instante, hasta que él, más a la europea, le sonríe. Ella no reacciona a tiempo; tras unos segundos en blanco dibuja una mueca queriendo sonreír. Sólo cuando llega a la redacción y se sienta en su mesa, hasta arriba de notas, valora el gesto por parte del joven. Entonces ella también sonríe, a la vez que se impulsa en su silla giratoria, dándose una vuelta en ella como si fuera un carrusel. Su silla, siempre dispuesta a acompañarla en sus emociones diarias, es su mejor aliada en la oficina.

Pasará otra semana y, de nuevo en el autobús 53, Blanca coge asiento y el joven se acomoda a su lado decidido y le da los buenos días... En ese momento, Blanca cae en la cuenta de que él se ha percatado del interés que despierta en ella.

—Buenos días —saluda él. Su tono de voz, más grave de lo que ella imaginaba, le recuerda los anuncios de perfumes en la televisión. Su acento francés marcado la distrae.

—Buen día —contesta ella, con la lengua hecha un nudo. Ahora siente una tremenda vergüenza por todos los chismes que se ha ido inventando sobre aquel amable hombre.

El joven parece tranquilo, en silencio. Sin embargo, tal vez por torturarla, piensa Blanca, tiene que añadir:

—Soy Jacob, encantado de saludarla, ¿¿*señoggrita*...??

Blanca, que le escucha desde el remordimiento, se queda callada, con aquel eco que suena a diamantes, *señoggritaaa*, por lo que Jacob continúa,

—Disculpe mi *intggromisión.* —En ese instante la mente de la joven está imaginando un nido vacío... y responde sobresaltada,

—Perdone, ¿qué misión? —El acento francés de Jacob la ha despistado aún más.

Ante esta respuesta surrealista, Jacob sonríe de nuevo y esta vez Blanca le sigue, contagiada y un poquito histérica. Desde entonces, si la concurrencia se lo permite, se acercan en el bus y conversan. A pesar de que su relación se limita al ajetreo del transporte urbano, surge entre ellos una fina corriente de entendimiento mutuo. Por su parte, Blanca comenzará a experimentar una sensación tonificante tras sus charlas matutinas que le acompaña durante el resto del día.

Al llegar a la redacción del periódico esa misma mañana, encuentra una noticia que le llama la atención por encima de las demás:

«DESAPARECE UN LINCE IBÉRICO DE SEIS MESES DEL ESPACIO NATURAL DE DOÑANA»

A continuación, una nota escueta de la agencia EFE refiriéndose al inicio de una investigación a cargo del servicio de medioambiente de la Guardia Civil, SEPRONA. Es la segunda vez que desaparece una ejemplar de esta especie, que acaba de salir del peligro extremo de extinción gracias a los esfuerzos del centro de recuperación de El Acebuche, perteneciente al Parque Nacional Coto de Doñana.

Estos hechos harán saltar el mecanismo de alerta en el cerebro de Blanca, amante de la naturaleza y de los documentales de National Geographic. Le arden las tripas al ver rinocerontes abatidos por un cuerno… «¡Al cuerno con la peste de las falsas creencias…que si aleta de tiburón, que si pangolín en polvos para no sé qué fritanga de curanderos!» Impulsiva y tenaz, en ese instante prende la mecha del reportaje que llevaba tiempo planeando. Investigará a fondo sobre la caza furtiva y los riesgos del tráfico ilícito de especies. Cuando concluye su jornada, se pondrá a la labor.

«Si no le interesa a mi redactor jefe, lo enviaré a revistas especializadas» Y se va a dormir con la conciencia y el ánimo calmados.